



RALPH WALDO EMERSON - HERMAN GRIMM, *Correspondencia*, trad. de Fernando Vidagañ, Ápeiron, Madrid, 2020, 64 pp. ISBN: 978-84-17898-95-3.

Nos encontramos ante la primera traducción al castellano de la *Correspondence between Ralph Waldo Emerson and Herman Grimm*, editada por Frederick William Halls, amigo del segundo, en 1903. Halls relata en la introducción de este libro el proceso de edición de las cartas que tuvo lugar tras encomendarle esta tarea el mismo Grimm, amigo suyo en quien reconoce un espíritu capaz de percibir lo más valioso de la humanidad y de expresarlo a través de su escritura. La relevancia de este reconocimiento para lo que nos ocupa estriba en que es análogo al que concedería Grimm a Emerson en la primera de las doce cartas que componen el libro, fechadas de 1856 a 1871. Según sus palabras, tenemos entre manos una porción de expresión del escritor que “más profundamente ha entendido el genio de la época”. Al leer la correspondencia es fácil advertir que los interlocutores, entre quienes se encuentra también Gisela von Arnim —que era hija de *La Frau* Bettina y se cartearía a su vez con Helen, la hija de Emerson—, comparten la admiración por la capacidad de percibir y expresar aquello que hace que la vida merezca la pena.

Fernando Vidagañ Murgui se encarga en esta edición de traducir las cartas y la introducción de Halls, donde éste cuenta cómo conoció Grimm a Emerson, la forja de su amistad, y las consideraciones de ambos sobre el país propio y el del amigo y sobre sus intelectuales de preferencia —entre las que destaca el reconocimiento que ambos profieren a Goethe—. Al relatar su primer encuentro, Halls añade una cita de Grimm muy reveladora sobre lo que este sintió cuando leyó a Emerson por primera vez: “todo me parecía antiguo y bien conocido, como si lo hubiese pensado o presagiado mil veces, y todo era nuevo como si lo estuviese aprendiendo por primera vez”. Esta familiaridad tiñe la presente correspondencia, que nos invita a hacernos partícipes de ella.

Para facilitar esta tarea, el traductor incluye un estudio preliminar en el que ofrece algunas de las claves del pensamiento de Emerson, signo de un carácter o *personalidad* —“la mercancía más delicada con que lidiamos”— que trasluce en su escritura según el principio emersoniano de que uno solo puede expresar lo que es. Dichas claves son tres —que pueden retrotraerse a una—: 1. la polaridad sobre la que camina el que escribe y quiere saber, 2. el *esfuerzo y coraje* que requiere mantener “una relación original con el universo” y dar cuenta de ella, y 3. la esperanza de una unidad del *Alma* de la que participarían las almas de quienes trabajan su *percepción* persiguiendo la virtud en cualquier época. Lo que *se expresa* en estas cartas es la libertad de pensamiento y la felicidad que esta produce en quien se reconoce en ella cuando aparece —en el amigo—. Así, en octubre de 1860 Grimm confiesa a Emerson que, en medio de las dificultades que la suerte le había dispuesto en los años precedentes, acudía a sus libros como a un oasis, y le concede lo que sigue:

Escribe usted de forma que todo el que lee sus palabras debe pensar que usted ha pensado en él solamente. El amor que usted siente por toda la humanidad se siente con tal fuerza que uno cree imposible que usted no haya pensado en algunas personas favoritas, entre las que se cuenta el lector. ¡Qué felicidad para un país tener un hombre así! Cuando pienso en América, pienso en usted, y América me parece el primer país del mundo.

Como lectores, entonces, podemos compartir con Grimm el sentimiento de fortuna al situarnos ahora ante esta valiosa correspondencia —valor añadido es la escasez de su número, señalada por Emerson cuando bromea sobre su “malévolo hábito de no escribir cartas”.

Si América era feliz por tener a Emerson cuando Grimm escribe, pronto lo sería también el país de este último. En Alemania, Grimm fue uno de los primeros en leer y difundir los textos de Emerson —Emerson mismo le agradece en su primera carta que hubiese traducido su ensayo sobre Shakespeare que, junto con ‘Goethe, o el escritor’ fue el primero de su obra en ser vertido al alemán—, vehiculando la influencia de este filósofo en grandes pensadores de su siglo, entre los que cabe destacar a Nietzsche. Las mismas cartas dan cuenta de esta influencia. En 1859 Emerson escribe a von Arnim: “en estos días, se trabaja con mucho que es vieja convención, y eso es una reducción de poder”. A la base de esta crítica encontramos la advertencia de la necesidad para el ser humano —que se quiera cerca de la vida— de conocer por sí mismo las cosas y vivir consecuentemente, una constante en el pensamiento emersoniano y en la correspondencia que aquí se recoge —fundada a su vez en la idea socrática de que una vida sin examen no tiene objeto vivirla para el hombre—. Siguiendo este principio, Emerson alentaría a Grimm a examinar también la naturaleza y a escribir sus propios *Ensayos*. En cartas posteriores, Grimm hará llegar a Emerson sus propios escritos, de los que ya adjuntó una muestra la primera vez que le escribió para agradecerle “haber encontrado en sus obras sus propios pensamientos secretos expresados del modo que le hubiese gustado a él mismo hacer”. El valor de esta familiaridad espiritual reside en gran parte en que Emerson advertiría a Grimm de “la prioridad principal de que no se emborronen los ojos de nuestro propio Guardián”, de no erigir ni adoptar ídolos.

En este humus de admiración germina la amistad que aflora al tiempo que los interlocutores del libro intercambian sus cartas. Al escribirlas avanzan en el ejercicio de conocerse a sí mismos mientras se presentan al otro y presentan a sus amigos. Entre los de Emerson se cuentan Elisabeth Hoar, Caroline Tappan, los Silsbee, y el joven William James, de cuyo padre destaca una “percepción excepcional”. Presentan también a sus “personas favoritas” de otras épocas, representativas del mismo espíritu que a los suyos propios les es familiar. En virtud de ello, en la carta del 28 de junio de 1858 Emerson describe la lectura de los escritos de Grimm como “un cómodo ejercicio de amor”. Al día siguiente referiría en otra carta a “ese excelente tipo de genio que brota de inspiraciones del corazón”. El 10 de julio de 1859 celebra: “¡Ay! Cuántos secretos duermen en cada uno, que solamente requieren una invitación del otro para salir adelante en beneficio mutuo”. Más acuciada es la constatación de esta familiaridad, si cabe, en las cartas que escribe Emerson a Gisela von Arnim, reconociendo ser “un admirador del genio de su madre” a quien agradece “todas las horas felices que nos ha dado a mis amigos y a mí a través de sus escritos”.

En la carta del 28 de junio de 1858, Emerson reconoce en Grimm a un escolar merecedor de su nombre. No podemos encontrar mayor muestra de respeto si entendemos que la figura del escolar es posiblemente el centro del pensamiento emersoniano. El escolar merecedor de su nombre representa la polaridad de la naturaleza. Examina y expresa. Pero, ¿qué expresar? En virtud de esta búsqueda de un “interés legítimo” o de una “belleza necesaria”, los interlocutores de esta

correspondencia se harían amigos, y Emerson podría devolverle a Grimm algunos de los infinitos elogios que este le profesaba con comentarios como que su “libro tiene investigación, método y luz del día (...) usted pasa de una roca a otra y avanza siempre”. ¿Cuál es la roca que pisa el escolar merecedor de su nombre? ¿Cuál es la raíz común que parece el alma de sus almas? Aunque dar respuesta a estas preguntas supone, como diría Emerson, un sueño demasiado osado, un pensamiento demasiado salvaje, su búsqueda iguala los frutos de los trabajos de los “espíritus superiores”, que “entran *ad eundem* en todos los espíritus y sociedades de su orden” y “trascienden todos los lazos”. En sintonía con estas palabras Grimm, citado por Halls, relata sus impresiones de Emerson la única vez que lo vio: “la más alta cultura eleva al hombre por encima de lo meramente nacional, y lo deja perfectamente simple”. “Simple y verdadero”, el ser humano se sitúa cerca de la naturaleza.

En suma, a través de estas cartas tres amigos se ofrecen “sentimiento, simpatía y libros”, y llegan a sentirse en casa y a librarse de la modestia y del temor al silencio. El lector se hará cargo de las preguntas que aquí se enuncian si lee las cartas como Emerson dice que lee a sus compañeros, atribuyéndoles la “rara felicidad de llegar a la madurez con el calor de la juventud”. El acompasamiento entre los dos sentidos, el *interior* y el *exterior*, propio del escolar que mantiene la tensión de quien, a la vez que examina, no deja “dormir a su musa”, escribe sus propios ensayos y continúa dibujando imágenes, es la tarea del “poeta cultivado”, en palabras de Emerson, o, en palabras de Pessoa, del “poeta animado por la filosofía”, que se provee siempre de “otra mañana a mediodía” a la que él mismo se adelanta permanentemente con los ojos abiertos por una “esperanza adolescente”. Cualquier cosa animada por la filosofía pierde de pronto para el lector perceptivo el sentido de ser cualquier cosa.

**Marta Chico Fabra**